

días, debería verse la obra de Barreca *Santa Lucía de Siracusa*, Roma, 1902. Es frecuente su recuerdo en los textos medievales (Sánchez Vercial, Ex. 322 y 370, *Regimiento de Príncipes. Espéculo de los legos* (núm. 92), obras de teatro (Lucas Justiniano, *Los ojos del cielo* y *La abogada de los ojos*; Arce de los Reyes, *Cegar para ver mejor*; una oración evangélica en alabanza de Santa Lucía, de Cristóbal Lozano), poemas (Campoamor, *Drama universal*, Es. XIII); Enrique González Martínez, *Parábola de los ojos*). Un bello cuadro de Correa de Vivar (s. xv) en El Prado y la celebración folklórica del día 10 de diciembre en Suecia, el 13 en España. Sé que hacer esto exige mucho, pero esa servidumbre da grandeza al trabajo.

El no muy apreciado por la Dr^a Pons Castillo introdujo en su edición dos novedades importantes para el manejo de una obra con tanto protagonista: dio a cada protagonista —en cada Libro— un número capitular y puso un Índice final con la protagonista, el capítulo y la página que facilita enormemente el manejo; solamente hubieran supuesto ocho o diez páginas. De esto se libró la Dr^a Pons y en su libro (de tan insólito formato como pesado volumen), cuesta enorme trabajo localizar, por ejemplo, a Tucia o cualquier otra: tiene usted que buscar el Libro II y después pasar las páginas de la 265 hasta la 316, porque incluso en el margen superior tampoco se menciona el Libro; claro que la editora ha foliado el libro en el cuerpo de impresión, y por ello puede buscar en el índice de personas y le remitirán al folio. Estupendo, pero los minúsculos tipos de numeración son iguales para el folio —que se hubiera visto más claramente en los márgenes, es cierto que con ligero aumento de caja— que para las notas. ¡Feliz maquetista! Primó la belleza sobre la utilidad, que yo, humildemente, creo primordial.

JOSÉ FRADEJAS LEBRERO
Instituto de Estudios Madrileños-UNED

FACE, TIMOTHY L.: *Guide to the Phonetic Symbols of Spanish*, Somerville MA, Cascadilla Press, 2008, 168 págs.

De los diversos niveles de la lengua, el plano fónico es el más determinado por la naturaleza, el menos abierto a la arbitrariedad de la cultura. De ahí que su análisis, a cargo de la fonética, sea la zona donde más se adentra la lingüística en las ciencias experimentales. En un momento en que cualquier noticia sobre la ciencia tiene ritualmente como fondo un laboratorio lleno de atareadas batas blancas, lo más parecido que los lingüistas podemos ofrecer a la Tabla Periódica de los Elementos es un Alfabeto Fonético. Ésa es la precisión y la univocidad buscada por quien lo usa para la enseñanza de idiomas, o para manejar el diccionario de una lengua extranjera, por ejemplo.

Sin embargo, quienes además lo emplean para la investigación filológica saben bien que, por desgracia, no todos los sistemas de notación fonética han tenido la misma fortuna. Y esto vale especialmente para la tradición hispánica, cuya herramienta más representativa, el Alfabeto de la Revista de Filología Española [ARFE], cercano ya a su primer siglo de antigüedad, ha sufrido siempre una falta de regulación y homogeneidad que le ha hecho «vivir en variantes», de una forma poco aconsejable para un instrumento de descripción científica.

Por ello, la aparición de este libro es una excelente noticia para quienes, por razones muy diversas, y no solo arqueológicas o historiográficas, mantienen viva esa tradición filológica. El acopio de información sobre variantes que en él se vuelca, la limpieza y elegancia de la tipografía con que se recogen los símbolos, unidos a la reflexión fonética sobre los matices recogidos por signos y diacríticos, confieren a la fonética del español un nivel de (meta-)descripción equiparable al que hoy le otorgan al Alfabeto Fonético Internacional [AFI] monografías como el *Handbook* de la International Phonetic Association [IPA] o la guía de Pullum y Ladusaw¹.

El libro empieza con un índice de los símbolos descritos individualmente: 464 en total, la mayoría de ellos compuestos, seguidos por una tabla de 34 diacríticos. Una doble introducción ocupa las páginas 1-19. Primero se exponen los objetivos y estructura de la obra, y después una panorámica general de los sonidos del español. En el cuerpo central del libro (págs. 20-149) se describen y analizan 498 símbolos, la suma de los 464 caracteres y 34 diacríticos inventariada antes. Completan el libro una reproducción del ARFE, tal como apareció en 1915, otra del AFI, en su revisión del 2005, más un glosario de términos fonéticos (págs. 154-165) y una relación de la bibliografía citada (págs. 166-168).

La razón fundamental que ha llevado a Face a componer esta obra es la extrema diversidad y variabilidad de los signos con que en el último siglo se ha transcrito el español. Hay sonidos que se han reflejado con distintos símbolos, y caracteres que se han empleado para articulaciones diferentes. Además, muy pocos fonetistas del español han explicitado el significado preciso de sus sistemas de transcripción, lo que ha inducido a otros a definir y crear nuevos símbolos, en vez de usar los anteriores, por asentados que estuvieran. El panorama resultante de esto es tan inconsistente que las actuales guías de símbolos fonéticos no llegan a reflejarlo, como ocurre con la de Pullum y Ladusaw, que el mismo Face parece haber tomado como patrón formal y de exposición, aunque superándola con creces en lo que se refiere al hispanismo.

Face explica la relación de los estudiosos del español con los diferentes alfabetos fonéticos modernos. Partiendo de que solo recientemente los hispanistas han comenzado a usar el AFI, repasa la fecunda trayectoria del ARFE desde su aparición en 1915, y, sobre todo, desde el impulso que le proporcionó su empleo en el *Manual* de Tomás Navarro, a partir de 1918. Frente a esto, el AFI, más universalista, habría tardado tiempo en ser lo suficientemente detallado para reflejar esa abundancia de variantes fonéticas que el ARFE, dialectológico desde su origen, era capaz de discriminar. Finalmente, señala Face la influencia ejercida por la fonética norteamericana, que a la postre supone un factor más de dispersión, dado que se trata de sistemas híbridos entre el AFI y otros alfabetos fonéticos, lo que aleja a sus seguidores de los dos grandes estándares anteriores.

A continuación se explican la estructura y disposición de los contenidos del libro. El orden escogido es el pseudo-alfabético (que coloca, por ejemplo, [ð] y [ð̥] tras [d]), y, salvo la longitud, no se han reflejado signos por encima de lo segmental. Especial importancia tiene la decisión tomada respecto a los caracteres compuestos: hasta tal punto es dispar y asistemática la interpretación de los diacríticos en la tradición fo-

¹ *Handbook of the International Phonetic Association*, Cambridge, 1999; Pullum, G. K.; Ladusaw, W. A., *Phonetic Symbol Guide*, Chicago, 1986¹, 1996².

nética hispánica, que el autor ha optado por considerar como signo individual cada unión de símbolo principal más diacrítico. En este libro, [a], [ä], [ã], [ā], incluso [a:] y [ã:], son entradas diferentes, no la suma de [a] más sus auxiliares. La lista final de éstos, de hecho, es casi una concesión: «In those cases where there are consistent, systematic uses of a diacritic among linguists working on Spanish, the diacritic is *also* included in the diacritics section» (pág. 5, cursiva mía). Respecto a los símbolos voladitos o reducidos, solo se mencionan si tienen un valor propio, o se han definido singularmente en alguna fuente. Face ha buscado la mayor exhaustividad posible, por lo que recoge signos de empleo infrecuente junto a otros muy comunes. Su intención es presentar fielmente símbolos de un amplio abanico de fuentes, desde obras de investigación a libros de texto, la mayoría norteamericanos y relativamente modernos.

La segunda introducción es una presentación, obligadamente sumaria, de los sonidos del español en sus variantes más importantes, organizada en tres apartados: vocales y semiconsonantes, obstruyentes (oclusivos, fricativos y africados) y sonantes (nasales, laterales y vibrantes). En el vocalismo, destaca Face su relativa nitidez y sencillez, especialmente en el plano fonológico, fijándose sobre todo en las agrupaciones vocálicas: alófonos semivocálicos y semiconsonánticos, por un lado, y procesos antihíaticos, por otro. Entre los obstruyentes, cada unidad recibe un examen particular, aunque su extensión es proporcional a su variabilidad contextual, dialectal y sociolingüística, lo que explica el protagonismo de /s/ y, en menor medida, de /j/. Respecto de los sonantes nasales y laterales, destaca su variación en posición neutralizada. Pero son los vibrantes los que reciben una mayor atención, sobre todo las variantes del lambdacismo y los procesos de asibilación.

En las 130 páginas siguientes se describen por separado casi 500 símbolos. Cada uno aparece destacado en una celda de 2,1 por 2,3 cm, en una fuente Times de alta calidad tipográfica y con un tamaño de 40 puntos. Hay entradas que ocupan apenas unas pocas líneas, otras casi alcanzan una página entera. Se nos informa acerca de quiénes los han usado, y con qué valores lo han hecho. Las más breves suelen corresponder a símbolos poco comunes, mientras que los caracteres más sencillos y antiguos acumulan una mayor carga de información. En éstos, además, el análisis del símbolo fonético nunca olvida la realidad articulatoria que representa. Así, al tratar [ã], señala Face: «Since the Spanish vowels are typically short, most authors do not mark short vowels with a diacritic, but rather only mark vowels that are exceedingly long» (pág. 19). Más adelante, al ocuparse de [d], leemos: «Lower-Case D [d] is used for Spanish to refer to the voiced dental stop, and is the official symbol for this purpose in the RFE's phonetic alphabet. In IPA usage it represents an alveolar stop, and therefore technically requires Subscript Bridge [_̣] to mark it as dental [_̣ d]. However, since there is no ambiguity for Spanish, as there is no voiced alveolar stop, authors using the IPA for Spanish commonly use Lower-Case D to represent the voiced dental stop» (pág. 30). Otras veces la información es exclusivamente tipográfica, aunque esencial por igual para aclarar el origen de las numerosas imprecisiones que tanto encuentra el hispanista en sus alfabetos fonéticos. Un caso extremo de esto es el sonido velar sonoro fricativo —sin contar a su vez sus variantes— para el que Face (págs. 46-51) consigna nada menos que ocho símbolos distintos (no mucho, pero distintos). Seis provienen de la tradición romanística: [g, ɡ, ǧ, ǧ̃, ǧ̄, ǧ̅] (por cierto, aun hubieran sido siete de contar con el [ǧ] caligráfico del ALPI), y dos tienen más que ver con el AFI: [ɣ, ɣ̃].

El autor es consciente de que muchas de estas variaciones se deben a la semejanza de unos caracteres con otros, o a la mayor o menor facilidad para recrearlos con la máquina de escribir o las primeras impresoras. Hay casos en que un mismo fonetista ha usado uno de estos signos en una parte de un libro y otro en una sección diferente (pág. 46), permitiéndonos rastrear el crecimiento de la bibliografía de ese autor, que añade a obras anteriores capítulos nuevos, hechos con recursos tipográficos cada vez más refinados, pero no repara quizás en actualizar los más antiguos. En otros casos, como la variación que se señala (pág. 123) en determinada obra entre [ɥ] y [y] (que en realidad es [y]), es fácil distinguir la labor del tipógrafo de la editorial frente a las partes que se adivinan confeccionadas por el propio autor. Sea como sea, la consecuencia final de todas estas circunstancias es la misma: heterogeneidad extrema, en la tradición de la fonética hispánica, a la hora de reflejar mediante símbolos escritos las diferencias articulatorias.

A continuación de este gran bloque central figura una reproducción quasi-facsimilar del ARFE originario, tal como apareció en el tomo II de la RFE, en 1915. Algo muy importante, pues la reimpresión de este volumen que albergan la mayor parte de las bibliotecas modernas, realizada en 1965, ya pierde algo de calidad, disminuida a su vez en las fotocopias normales, lo que desdibuja muchas veces algunas marcas y diacríticos (de ahí, por ejemplo, la hoy generalizada confusión entre [ɥ] y [y]). Face ha utilizado su propia fuente fonética para copiar los símbolos, los ejemplos y las transcripciones de ejemplos (no así el pequeño anexo terminológico que los seguía), con idéntica estructura y disposición a como se mostraban en las págs. 374-375 de aquel volumen. Tan perfecta es la imitación que cabe preguntarse por qué el autor no prefirió el sabor más añejo de un buen facsímil, aunque quizás la clave de esto se halle en el delicado acertijo que nos plantea. Señala Face que solo ha introducido algunas correcciones menores de errores tipográficos. Uno, claro, se lanza a detectarlos, y descubre que, en efecto, el ARFE originario contenía ya —al menos que yo haya encontrado— nueve errores: siete omisiones de tilde en vocales tónicas, y dos omisiones de diacrítico en dos /s/ apicales ([ʃ]). El anexo del libro de Face le hace pues más justicia al ARFE que su propia fuente primaria. En paralelo a lo anterior encontramos después una reproducción literal, aunque también recreada por el autor, de la última revisión oficial del AFI, correspondiente al año 2005.

El glosario de términos y conceptos fonéticos, que se expone en las 11 páginas siguientes, complementa la panorámica general presentada en la introducción, y, sobre todo, da las claves necesarias para acceder a la información fonética resumida en los artículos. Dadas las diferencias que a veces separan la tradición norteamericana de la española, sumadas a la propia diversidad de las corrientes del hispanismo, una guía como ésta resulta esencial para el manejo de todo el libro. Finalmente encontramos una relación de la bibliografía citada, la cual comprende, en este caso, el conjunto de obras que Face ha usado como *corpus* de su recopilación. De ahí que sea de obligada consulta para reconocer, no solo lo que se ha considerado, sino también lo que se ha excluido.

Una manera de valorar debidamente este libro es recordar la tradición que precede, por ejemplo, al *Handbook* de la IPA, de 1999. Durante décadas, esta asociación (o sus predecesoras) mantuvo dos preocupaciones complementarias: por un lado, la tutela reguladora sobre el valor de los símbolos fonéticos, ejercida desde sus órganos de expre-

sión (simplificando, *Le Maître Phonétique* [MPh] entre 1886 y 1970, y *Journal of the IPA* [JIPA] desde 1971 hasta hoy); y por otro, el interés por facilitar medios materiales para el empleo y la difusión del AFI, algo que tenía mucho que ver con su ideología subyacente. Esto se manifiesta en el alborozo con que la IPA saluda cada cierto tiempo la aparición de alguna máquina de escribir para fonetistas, la cual, por supuesto, se ofrecía en condiciones promocionales a sus socios; un entusiasmo lleno de utopismo en el caso de Paul Passy, quien anticipa el advenimiento de una escritura universal (MPh 1902, 55-57, 75-76) o simplemente pragmático en otros (MPh 1913, 138; 1945, 24-26). Con la llegada de los ordenadores, ambos objetivos se unifican, y desde 1975 la organización dedica enormes esfuerzos a la normalización de su alfabeto, de cara a su uso informático (hay números enteros del JIPA, en estas décadas, dedicados casi en exclusiva a tales tentativas). El tramo decisivo de estos trabajos arranca en la convención de Kiel, en 1989, y desemboca en la integración con Unicode en 1993, dentro de la cual se han producido las actualizaciones ulteriores (cf. IPA, *Handbook*, págs. 161-165).

Pues bien, la esencia de esta labor, que supuso el esfuerzo coordinado de grupos de trabajo de la asociación durante años, es la misma de lo acometido por Face en solitario: reconocer, valorar y etiquetar unívocamente cada uno de los signos fonéticos de su propia tradición. Cualquier esfuerzo paralelo que los hispanistas queramos hacer en el futuro deberá tener este libro como punto de partida. A lo inventariado por Face, nosotros deberemos añadir toda la tradición filológica y dialectológica que se siguió, en vías diversas, de la labor de Tomás Navarro, y que no se agota en el *Manual* de 1918-1932 [-1967, si añadimos la última edición de Nueva York]. De hecho, la paradoja de esta obra es que por un lado supuso la más detallada explicación y ejemplificación que podía hacerse del ARFE, pero en realidad lo fue solo *de una parte* del ARFE, la que el autor necesitaba para su, modestamente llamado, «...tratado práctico de pronunciación». El verdadero desarrollo científico ampliado de las posibilidades del ARFE lo encontramos en el ALPI, publicado en 1962, aunque con un alfabeto presumiblemente fijado y operativo hacia 1930. Sin embargo, el problema de esta historia paralela es que una y otra vez la encontramos enfrentada, tanto a la falta de univocidad y de precisión definitoria, como a la precariedad de recursos materiales, sobre todo tipográficos.

Respecto a lo primero, no se trata solo de que la propia «carta fundacional» del ARFE escondiera una decena de erratas. La tabla del ALPI, por ejemplo, aun siendo mucho más detallada y extensa que la originaria de la RFE, abunda en imprecisiones e inconsistencias, que no tienen cabida aquí. Aun así, es la base de toda la geografía lingüística y la dialectología hechas en el ámbito hispánico durante décadas. En 1948, 1953 y 1956, Navarro había ilustrado las hablas de Puerto Rico, Curaçao y la República Dominicana con transcripciones estrechas caligrafiadas. Manuel Alvar, y los equipos relacionados con él, consolidan una extensa adaptación del ARFE —con divergencias puntuales—, también caligrafiada, que salta de los mapas (atlas de Andalucía, 1961-73, Canarias, 1975-78, y el de Navarra, Aragón y Rioja, 1979-83) a los textos, como ocurre en la monografía de Alvar sobre Leticia, en Colombia (1977), o los *Textos andaluces en transcripción fonética*, originarios de 1953-59, y editados en 1995. Durante un largo periodo, muchos autores se las arreglan como pueden para transcribir textos, en ARFE o AFI, con los recursos tipográficos o mecanográficos a su alcance, en notación caligráfica más o menos esmerada, y hasta con fotocopia de sus cuadernos de trabajo,

como hace Caravedo con sus materiales para la Norma Culta limeña². De ahí las variaciones.

Pero esto mejora en los años 90. Los atlas de Cantabria (1995), de Castilla y León (1999) o de Castilla-La Mancha (en curso), y las copiosas antologías de textos incluidas en los volúmenes postreros de Alvar sobre el español americano (USA, República Dominicana, Venezuela, Paraguay, publicados entre 2000 y 2002) se presentan ya tipográficamente, o con una fuente informática realizada bajo control de sus autores. Del lado de allá, el ARFE aparece aún con semejante grado de vitalidad y pormenorización en el Atlas Lingüístico de México (2001)³.

Por otro lado, es inevitable pensar en retroceso en lo material cuando vemos pasar a Don Tomás de sus portentosos anexos en el *Manual* al facsímil de unos pocos textos caligrafiados en sus trabajos americanos; o al constatar cómo se esfuman las rigurosas transcripciones en ARFE exigidas por Amado Alonso en los volúmenes de la *Biblioteca de Dialectología Hispánica* (1930-1949), hasta encontrar, en un manual bonaerense del 2005, excelentes textos en AFI donde todo lo ajeno al alfabeto latino ordinario se añade con trazos manuscritos. Aunque nunca decayó la calidad científica, sí lo hicieron los medios para plasmarla, y numerosos fonetistas renunciaron a soluciones de compromiso. Un caso extremo es el de Canellada, que se conforma con utilizar ortografía convencional con letras resaltadas en sus textos fonéticos de 1965, y lo justifica señalando que «...los buenos y extensos textos fonéticos son incompatibles con los impresores»⁴.

Hoy en día, el panorama es bien distinto: los sistemas operativos como Mac, Windows o semejantes, unidos a los programas de diseño de fuentes, permiten un acceso fácil y directo a centenares de caracteres fonéticos, o a la creación de los necesarios, mientras que la acción del estándar Unicode da un cauce para evitar la dispersión de esas creaciones, y garantiza que sus resultados sean accesibles para todos. Herramientas

² Navarro, T., *Manual de pronunciación española*, Madrid, 1918¹, 1932⁴; *Atlas Lingüístico de la Península Ibérica. I. Fonética, I*, Madrid, 1962; para la historia de esta obra, cf., del mismo autor, el capítulo primero de *Capítulos de geografía lingüística*, Bogotá, 1975; *El español en Puerto Rico*, Río Piedras, 1948¹, 1966²; «Observaciones sobre el papiamento», *NRFH* VII, 1953, págs. 183-189; «Apuntes sobre el español dominicano», *Revista Iberoamericana* XXI, 1956, págs. 417-429; Alvar, M., Llorente, A., Salvador, G., *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Andalucía*, Granada, 1961-73; Alvar, M.: *Atlas Lingüístico y Etnográfico de las Islas Canarias*, Madrid, 1975-1978; Alvar, M. Llorente, A., Buesa, T., *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Aragón, Navarra y Rioja*, Madrid, 1979-1983. Alvar, M., *Leticia. Estudios lingüísticos sobre la Amazonia colombiana*, Bogotá, 1977; Alvar, M.; Llorente, A.; Salvador, G., *Textos andaluces en transcripción fonética*, ed. de M. Alvar y P. García Mouton, Madrid, 1995; Caravedo, R., *El español de Lima: materiales para el estudio del habla culta*, Lima, 1989.

³ Alvar, M., *Atlas Lingüístico y Etnográfico de Cantabria*, Madrid, 1995; *Atlas lingüístico de Castilla y León*, Valladolid, 1999; *El español en el sur de los Estados Unidos*, Alcalá, 2000; *El español en la República Dominicana*, Alcalá, 2000; *El español en Venezuela*, Alcalá, 2001; *El español en Paraguay*, 2002; Lope Blanch, J. M. (dir.), *Atlas Lingüístico de México*, México, 1990-2001; García Mouton, P., Moreno Fernández, F., *Atlas Lingüístico (y etnográfico) de Castilla - La Mancha*, <http://www.uah.es/otrosweb/alecman>, 19-oct-2008.

⁴ Canellada, M. J., *Antología de textos fonéticos*, Madrid, 1965¹, 1972², p. 9; García, M.; Arenas, M., *La fonética del español. Análisis e investigación de los sonidos del habla*, Buenos Aires, 2005.

como los *pickers* de Richard Ishida, o la fuente gratuita Doulos SIL⁵, permiten a cualquier usuario final de ordenador personal plasmar en sus trabajos transcripciones con calidad tipográfica, y le dan el control —y la responsabilidad— total sobre la fidelidad de sus datos. Así pues, los instrumentos para solucionar los problemas del pasado están ahí, a nuestro alcance. Pero para resolver estos problemas, para escoger entre opciones y poder tomar decisiones, lo primero que debemos hacer es conocerlos, y en esta tarea el libro de Face nos permite por sí solo adelantar buena parte del camino.

FÉLIX FERNÁNDEZ DE CASTRO
Universidad de Oviedo

Fuente clara (Salónica, 1595). Un converso sefardí a la defensa del judaísmo y a la búsqueda de su propia fe, estudio, edición y notas de Pilar Romeu Ferré, Barcelona, Tirocinio, 2007, 456 págs.

Hasta la aparición de este libro, poco se sabía de la obra *Fuente clara*, que se publicó anónima en aljamía hebraica en una imprenta de Salónica a finales del siglo XVI —aunque existían dudas sobre su datación, que se situaba vagamente entre principios del XVI y el XVII— y que ha solido calificarse de obra de polémica religiosa; al no existir hasta ahora ninguna edición en caracteres latinos que la hiciera accesible, la mayoría de las menciones se basaban en un conocimiento superficial y a veces erróneo.

En el libro que comentamos no sólo se ofrece una cuidada edición filológica del texto de *Fuente clara*, con anotación de variantes, notas explicativas y glosario, sino que se hacen importantes y novedosas precisiones sobre su autoría, su contenido, la lengua en que está escrita y el proceso de su publicación y difusión. Del rigor del trabajo filológico e histórico realizado da idea el que fuese galardonado con el Premio Rivadeneira de la Real Academia Española del año 2003.

El título *Fuente clara* proviene de la traducción del versículo 7 del Salmo 84, que en la liturgia sefardí suele leerse en el oficio de minhá, la oración de la tarde: «Se cubra de bendiciones el mostrador de la fuente clara a los pasantes por valle de confusión». Tal y como explica la autora de esta edición, «La aplicación del Salmo 84.7 al contenido del libro se justifica del modo siguiente: Los judíos *convertidos* al cristianismo, los *pasantes*, se *paganizaron* aceptando otros seres con *apariencia de dioses* (*Jesús, Lutero, Calvino*) y se hallaban en el *valle de confusión* de la *doctrina cristiana*. Un salvador, el *mostrador*, va a descubrirles la *f fuente clara* en la que deben embeberse; y el *agua* que brota de esa fuente es la *Ley* [la Torá judía], como bien explica el autor en varias ocasiones» (pág. 16).

De esa interpretación del título, muy acorde con los procedimientos de exégesis judía, se deriva que la verdadera intención de *Fuente clara* no es la polémica religiosa en sí, como se había supuesto de una manera un tanto simplificadora, sino la

⁵ Doulos SIL, *IPA Transcription with SIL Fonts*, <http://scripts.sil.org/IPAhome>; Ishida, Richard, *Unicode character pickers*, <http://rshida.net/scripts/pickers>, Unicode, *The Unicode Consortium*, <http://www.unicode.org>, referencias del 19-oct-2008.